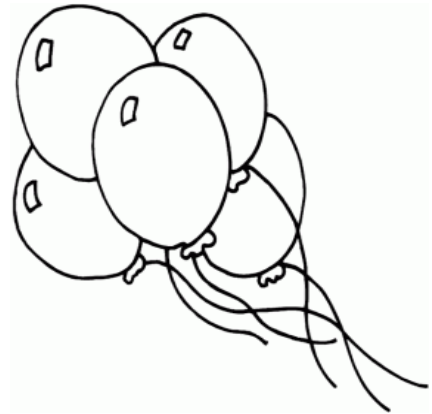


PARÁBOLA DEL GLOBO

Había una vez un globo...

Como todos los globos, empezó su existencia sin experiencia. Como todos los globos, empezó su vida "deshinchado". Pero, eso sí, con unas ganas enormes de llenarse, con grandes deseos de crecer.

Algo en su interior, le decía que estaba hecho para las alturas, para elevarse, para volar. ¿Qué había que hacer para conseguir esas metas? ¿De qué había que llenarse?



Imitando a los globos que tenía a su lado, empezó a hincharse a sí mismo y de su mismo aire. ¡Qué sensación! ¡Qué novedad! Empezaba a ser él mismo. Cobraba libertad de movimiento, cambiaba de sitio... pero siempre "a ras de tierra".

Llegó un día en que descubrió que no era él; lo que llevaba dentro no era lo que le movía, sino que era llevado por "corrientes" de aire, a la derecha, a la izquierda, adelante, atrás... Sufrió incluso la decepción de los pinchazos que le hacían ser menos y le deshinchaban...

Lo que más le llamaba la atención, lo que más le inquietaba era ver a otros globos que, sin hacer ruido, liberándose de las fuerzas de la gravedad, subían y subían y llenaban el ambiente de bailes y colores, y parecían movidos por el mismo "duendecillo" y sembraban el ambiente de paz y de alegría. Todo aquello parecía un sueño, algo irrealizable. Un buen día descubrió el secreto y se desveló para él aquel misterio.

Alguien anunciaba un producto sutil y transformante. Nuestro globo debería sacar el aire propio y llenarse de aquel otro aire... Así que, no sin temor... empezó a hacer la prueba.

Al principio hizo mezclas entre su aire y "el otro". Pero, pasado algún tiempo, experimentó que cuanto más se llenaba de aquel otro aire, más subía, más libre era...

Dios nos ama tanto, que nos quiere como a hijos... Y, para acercarnos su amor, se hizo uno como nosotros, Palabra humana, gesto humano, comprensible en nuestros esquemas, solidaria hasta recorrer todos nuestros caminos... Pero, para acercarse todavía más, se metió en nuestro interior, convirtiéndose en Espíritu Santo que mueve nuestros corazones, que anima nuestra vida...

Jn 16, 13